

El retrato del muerto

Deia, 1981-09.

Hay en este mundo algunos muertos que gozan de buena salud.

Este es el caso del pueblo vasco, al que el francés Réclus lo despidió hace ya un siglo.

Con algunas ciudades pasa lo mismo.

Las hay que han sido arrasadas a fuego y han renacido pujantes. Así ha ocurrido con Coventry, con Hiroshima y con Berlín mismo, a partir de Gernika, su primer banco de ensayo.

La historia está llena de ejemplos parecidos.

Hubo una vez un hombre armado que mató a otro sin arma con la excusa de que era la ley de la guerra; y no le bastó eliminarlo *de una vez para siempre*, sino que lo manchó después diciendo que se había suicidado. Que el hombre se había quitado la vida prendiéndose fuego por su mano.

Y tanto lo repitió quien tenía el monopolio de los medios de hacer correr la voz, que hubo miles, millones, de gentes en el mundo que se lo creyeron. Ni la Iglesia puso reparos a este suicidio.

Por aquel tiempo ya se comenzó a hablar de un retrato que era único porque mostraba el alma del difunto. Lo había pintado uno de esos pocos elegidos que han ido dejando expuestas a las miradas del hombre del futuro las denuncias que se mantienen vivas, frescas en los museos. Pero esto no quitó el sueño al poderoso, que se ciscaba en los artistas todos los días.

A poco, el juicio de Nuremberg hizo confesar al criminal del asesinato de Gernika; así, no era, pues, verdad que se trataba de un incendio provocado por los "rojos", la tesis del sospechoso "blanco" de Burgos; pero al mismo tiempo, se le había dado la prueba de que no lo había hecho él con sus propias manos, sino su socio.

Es la habilidad mafiosa del que mata sin ensuciárselas, como si lo importante fuesen las manos, que se lavan con agua y jabón.

Mientras tanto, el retrato del muerto había comenzado a hacer las Américas, porque pagaban por verlo. Esto despertó inmediatamente el orgullo nacional del Pilatos de turno. Sin embargo, al artista le quedó el recurso de ciscarse a su vez en él, negándose al traslado del cuadro en tanto que su finca de caza se convirtiera en un país libre.

Y cuesta tiempo y más muertos sencillos y silenciosos que nadie ha pintado ni importan, hasta que muere el propio artista.

Aquí comienzan las maniobras sin ley, se fabrican las que convienen, y todo trabajo y esfuerzo es poco para, al fin, poder traer a casa con precauciones de tesoro robado, el gran retrato que delata el crimen cometido hace ahora 44 años.

No lo traen para honrar al artista, porque para rendirle este homenaje se hubiera esperado al amanecer político, sin sombras, que pedía como condición.

Tampoco para restituir el alma al cuerpo del muerto, a Gernika mismo, para que la víctima pudiera seguir viva, entera, con su recuerdo, ese recuerdo vivo de su muerte, sino que lo cuelgan en la habitación más lujosa del homicida.

Así se convierte, como castigo, en el recuerdo permanente del crimen que cometió.

Ya pronto podrán desfilar ante el cuadro tantos años prohibido, ahora santo, todos los pueblos que ya saben que pertenece a uno que fue asesinado un 26 de abril, cuando iba pacíficamente de mercado.